

TEMPLOS CINÉFILOS

PUNTO DE VISTA



Espacios cambiantes



Fotograma (o fotografía) de «In Ictu Oculi (begiak hesteko artean)», de Jorge Moneo Quintana. GARA

Victor ESQUIROL

Pasan los días, pero no hay manera de superar el sentimiento de irrealidad en el que se ha instalado nuestra realidad. Por mucho que haya transcurrido un año desde que la pandemia del coronavirus cambiara radicalmente nuestra vida, siguen haciéndose extrañas las dinámicas que, ahora mismo, rigen una normalidad que tiene muy poco de normal.

Porque si alguien me pregunta, le diré que esto de cubrir festivales de cine desde la distancia, aunque venga asociado con la comodidad hogareña, no casa con la concepción que siempre he tenido de una experiencia que necesariamente tiene que ser una aventura. Un enfrentamiento (pacífico, se entiende, pero igualmente estimulante) a lo desconocido, o sea, a un cine que nos invite a expandir los límites del espacio donde estamos instalados.

En este sentido, existen pocas citas como Punto de Vista, el Festival de Cine Documental de

Nafarroa donde, un año más, la no-ficción y lo experimental compartirán pantallas. No necesariamente las que encontramos en Iruñea, sino también en las domésticas (pues todo cambia); en esa casa que, de repente, parece haberse transformado. La Sección Oficial de esta 17ª edición arrancó con un vibrante programa compuesto por cuatro títulos; cuatro cortometrajes a través de los cuales el cine se convirtió en testigo principalmente estático de un mundo que nunca para de moverse.

Con «In Ictu Oculi (begiak hesteko artean)», el director Jorge Moneo Quintana nos llevó a su Gasteiz natal para observar, a partir de una serie de fotografías dedicadas al mismo bloque de edificios (y tomadas desde 1910 a 1976), cómo dicha ciudad se fue transformando. Cómo en dichos procesos de destrucción y reconstrucción había una violencia inherente que provenía de un poder supremo: el gran capital, observador y escritor impertérrito de la Historia.

En «Strange Object», Miranda Pennell también echó mano de un archivo fotográfico, pero para observar el pasado colonialista desde la posición deshumaniza-

dora a la que inevitablemente invita la altura del privilegio. A vista de pájaro (metálico), repasó los ataques con los que las fuerzas aéreas británicas marcaron Somalia. La Historia se vistió ahora con las ropas de una ciencia-ficción terrible, en la que las personas fueron vistas como fuerzas de invasión alienígena a la que se tenía que exterminar.

Por su parte, Riccardo Giacconi se dedicó a la disección de diapositivas. El zoom digital se convirtió en una especie de microscopio para convertir el granulado químico en los átomos de una deriva histórica condenada a repetir los mismos horrores. La barbarie (o sea, el fascismo de antes y el no-tan-pretérito) arremetió como ataque epiléptico; como ese destello cegador al que no se le puede aguantar la mirada.

Por último, «Cardón cardinal», de Patricia Esquivias, hizo de la narración dispersa y expansiva una herramienta ideal para reflexionar sobre los puentes-forzados que unen a determinadas civilizaciones. Su relato enraizado en el arte, la geopolítica, la etnografía... y claro, en los espacios cambiantes que unen a unos mundos en constante cambio.

Baba Yagá

Baba" es un término procedente del indoeuropeo que ha llegado a las lenguas eslavas con el significado de "abuela", "mujer vieja" o incluso "mujer"; pero casi siempre con un matiz abiertamente peyorativo: "chismosa", "solterona", "arpía", "espantajo", "bruja"... De hecho, Baba Yagá es una figura del folklore eslavo: una criatura oscura y solitaria, maldita, una bruja que rapta niños y vive en lo más hondo del bosque.

En todas las mitologías existen seres femeninos monstruosos; sin ir más lejos, en la griega: Ino, Medusa, Esfinge, Las Erinias, las Empusas, las Arpías, las Moiras, las Grayas, las Keres... La escritora croata, residente en Amsterdam, Dubravka Ugresic (Kutina, 1949) lo llama La Internacional de Baba Yagás. Porque al drama histórico de ser mujer se le suma el drama de la vejez. Mujer y vieja: su historia es la de la exclusión, la de la expulsión forzosa, la de la invisibilidad, la de la marginación brutal; son malditas a la fuerza, y por ello mismo disidentes.

Es lo que plantea Ugresic en «Baba Yagá puso un huevo» (2020), una maravillosa novela, poblada de mujeres y de sentido del humor, dividida en tres partes que confluyen en una poderosa, doliente y amenazadora reivindicación. Una novela que traza los vínculos entre el mundo mítico y las heridas de cada vida. «Yo pertenezco a las proletarias, a la Internacional de las Babas... Y hay una espada debajo de la cabeza dormida de Baba Yagá», afirma la narradora de la tercera parte. El huevo del título es símbolo de un nuevo principio, de la renovación de la vida.



Josu MONTERO
Escritor y crítico

Al drama histórico de ser mujer se le suma el drama de la vejez. Mujer y vieja: su historia es la de la exclusión, la de la expulsión forzosa, la de la invisibilidad, la de la marginación brutal; son malditas a la fuerza, y por ello mismo disidentes.

Amaiurko gazteluaren setioa, komiki formatuan

Las Encartaciones difunde la figura de Antonio de Trueba

«El viaje de Ludl» con **Beethoven**, para los más pequeños

«En un barrio de **Nueva York**»: Sueños, color y música en clave latina

naiz.